

## Prólogo: El trabajo gustoso

El título de ecos juanramonianos con el que rubrico las palabras que prologan esta obra de José Miguel Serrano no es sino una paráfrasis pretendidamente ingeniosa del epígrafe bajo el que, en 2013, se produjeron en Madrid los homenajes a Nicolás Gómez Dávila, organizados con ocasión del centenario de su nacimiento y propiciados por la Casa de América de Madrid, la UNIR y la Embajada de Colombia (donde se celebró una segunda sesión poco después), en los que el profesor Serrano Ruiz-Calderón, el colombiano Rodrigo Cuéllar, lector entusiasta de don Colacho, como le gusta presentarse y testigo de cargo de la causa colachista y la que esto escribe, jugamos un papel que nos hemos comprometido continuar en el futuro. Se titulaban aquellos encuentros «El trabajo discreto», que es el que realizó don Nicolás durante toda su vida en su triple y paciente labor de vigía, comentarista y custodio de la cultura occidental desde la biblioteca de su casa, en la ciudad de Botogá. Ambos eventos resultaron memorables pues con ellos se consiguió reunir a un público bastante más numeroso de lo que se podía haber esperado para un tema considerado «elistista» y reaccionario y, desde todos los puntos de vista, políticamente incorrecto con el que muy pocos se habían comprometido, entre

los que es de justicia nombrar, de forma explícita en este caso, a su editor en España, Jacobo Siruela, director de la Editorial Atalanta. Creo que quienes asistieron a los mismos, e incluso los que no pudieron hacerlo pero mostraron su adhesión –y estos tal vez más–, pueden ser considerados de pleno derecho miembros de una secta muy particular, la de los colachistas.

Porque don Colacho, como le llama la secta, fue siempre muy claro en sus intenciones: «No es una obra lo que quisiera dejar. Las únicas que me interesan se hallan a una distancia infinita de mis manos, pero un pequeño volumen que, de cuando en cuando, alguien abra, una tenue sombra que seduzca a unos pocos para que atravesase el tiempo una voz inconfundible y pura» (*Notas*, Villegas Editores, 2001). El resultado final (*Notas I, Textos, Escolios a un texto implícito, Nuevos escolios a un texto implícito*) no ha sido tan pequeño como él sugería cuando publicó su primera entrega, pero «los pocos» a los que sedujo –que, como veremos en este libro, van camino de convertirse en «muchos» a la luz del creciente número de traducciones y de blogs y cuentas de twitter a él dedicados– quedaron perdurablemente hechizados por esa «voz inconfundible y pura».

Porque Nicolás Gómez Dávila es, de toda evidencia, eso que se llama un escritor de culto, y también un escritor secreto, que ha conseguido romper el pretendido maleficio y aislamiento de su condición de tal, y si lo califico así es porque nadie como él personifica esa «excepción cultural» que conlleva su condición supuestamente enigmática y solitaria (que en su caso no es tal como pinta la leyenda, según matiza acertadamente el profesor Serrano), alejado de la publicidad, de la crítica literaria y académica e inasequible al desaliento, eso sí. Con esta socorrida aunque peregrina calificación, que no clasificación, a la que la crítica literaria recurre en aquellos casos en los que un escritor se escapa del rasero de lo común –escritores «raritos» o «difíciles» o de pocos pero fieles lec-

tores— se intenta explicar, más que agrupar, a una serie de escritores que escapan a las demás clasificaciones (escritor popular, de masas, o famoso) a las que generalmente se les contraponen. Mientras desarrollo este tema, el escritor de culto y el escritor secreto me parecen más próximos, si acaso se distinguen tan solo en que a este último se le podría atribuir una estética del desdén (sería más el caso de Gómez Dávila), mientras que el primero parecería estar más atraído y abocado por el fracaso o el miedo a triunfar. Ninguno de los dos carece de ambiciones —sin las cuales no escribirían nada— pero se conforman con seguir adelante. A continuación aventuro lo que podrían ser, *grosso modo*, los rasgos que los caracterizan:

1. Generalmente silenciados por sus contemporáneos, estos escritores han trabajado a contracorriente, si no a solas, al menos solos. No pertenecen a ninguna escuela, a ninguna camarilla.
2. Son admirados y leídos por unos pocos lectores exigentes que se encargan de difundir la buena nueva, difusión que no obedece a ninguna ley de mercado, que es restringida pero constante y que desde luego puede llegar a ser importante.
3. Parecería como si el autor triunfara a su pesar o no le importara su éxito; se le podría aplicar lo que decía Nietzsche sobre que para un libro es suficiente un lector e incluso ninguno, «*unus satis, nullus satis*».
4. Existe una gran simpatía entre el autor y sus lectores que le consideran un familiar, un amigo o, si se prefiere, un cómplice. Estiman que hay algo indefinible en su escritura que les habla como ningún otro autor. La impresión que tiene el lector es que está escribiendo para él (individuo) y no para los lectores (categoría) tanto como para sí mismo.
5. Es un a-contemporáneo, los seguidores de su culto pueden aparecer en cualquier momento de la historia futura, sin

querer por ello arrancarle su secreto, y aunque lo intentaran no lo conseguirían.

6. Solo se llega a él mediante la iniciación personal e intransferible del neófito, a solas con el texto.

El autor de este libro, José Miguel Serrano Ruiz-Calderón, y yo fuimos durante varios años vecinos de página en la extinta *Gaceta de los Negocios*. Confío en que él lo recuerde como una buena vecindad en la que yo intentaba compensar la altura filosófica de su discurso con un acercamiento poético a la realidad de todas esas cosas que, a quienes nos dedicamos a eso, nos toca analizar. Algún tiempo después, el amor a la literatura y al pensamiento volvió a unirnos por una vía inesperada para ambos: nuestra admiración —que en el profesor Serrano se ve doblada por un conocimiento profundo— por la obra y la persona de Nicolás Gómez Dávila.

Profesor de Filosofía del Derecho de la UCM —también lo ha sido de la Facultad de Ciencias de la Información y de la Universidad de Cantabria—, esta acrisolada condición académica habla mucho de su libertad crítica a la hora de enfrentarse a una obra tan alejada, por no decir tan opuesta, a la tradición universitaria al uso. Gómez Dávila —dice el profesor Serrano— le fue revelado tardíamente pero su conversión ha sido total y a él ha dedicado peregrinajes a los lugares santos que se han plasmado en otras tantas obras: *La sombra y la nada. En torno a un escolio de Nicolás Gómez Dávila*, *Nicolás Gómez Dávila contra la Academia y la profesionalización de la cultura*, *Nicolás Gómez Dávila. El atractivo del desengaño. El comentario a la religión democrática en Gómez Dávila*, *La libertad en la obra de Nicolás Gómez Dávila*, *La figura literaria del reaccionario auténtico. Nota sobre algunos aspectos de la obra de Nicolás Gómez Dávila*.

Y ahora este libro que es, quizás, uno de las más completas aproximaciones a su obra y que marca sin duda un punto de inflexión en la bibliografía de los estudios gomezdavilianos. Un

libro necesario que pone en orden, de manera rigurosa y clara, los enigmas, planteamientos y avatares de una de las aventuras intelectuales más apasionantes de los últimos tiempos, aventura que pone en jaque todos los géneros de reflexión posible, en todos sus registros, ya sean los filosóficos, los religiosos y, por supuesto, los poéticos; una aventura emprendida, no lo echemos en saco roto ni lo olvidemos tampoco, por un pensador colombiano en lengua castellana. Excelente el capítulo VI «Dios y la nada. La superación del nihilismo», esclarecedora la interpretación de su obra y de su rechazo de la pedagogía y de la profesionalización de la cultura, como también lo son los capítulos dedicados al análisis del texto o textos implícitos en la obra de Nicolás Gómez Dávila. En suma, un necesario compendio de la misma y un libro imprescindible y fiable para iniciarse, transitar y profundizar por la obra de ese «solitario de Dios», como le llamó Franco Volpi (uno de sus principales exegetas) o si prefieren, de ese excéntrico, como también le definió el gran historiador y escritor belga Simon Leys, recientemente fallecido, quien le leyó a través de las traducciones francesas, pero desde luego, de ese original y secreto escritor colombiano llamado Nicolás Gómez Dávila, que dedicó su tiempo y su fortuna a la lectura de su inmensa biblioteca personal, cuyos casi 40.000 volúmenes tutela hoy la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República de Colombia. En el caso de Nicolás Gómez Dávila, esos cuatro gatos que se supone le leen (pueden ser 2.000 o 3.000 y eso, en el conjunto de los compradores, que no lectores de libros, son cuatro gatos) va paulatina e imparablemente en aumento.

JULIA ESCOBAR